

Ecos Rosaristas

Sea, ante todo, una frase verdaderamente fraternal que diga al amigo Jorge Neira nuestro pésame por la muerte de su padre ocurrida hace muy breves días. Comparta con él la familia del compañero dilecto esta condolencia que el claustro le expresa.

Deber nuestro también es, en el fallecimiento de su hermana, consignar aquí una palabra de duelo para Vidal Sarmiento, decidido y abnegado muchacho que, desde años, viene al servicio del Colegio. Si con alguien obliga la nobleza es con las personas que silenciosamente atienden a nuestras necesidades en los menesteres domésticos.

EL POR QUE DE UN RETRATO

Repasando los óleos que ornamentan nuestro refectorio, nos preguntábamos repetidamente qué personaje fuese el del cuadro que, allá en el fondo, se muestra hacia el rincón de la derecha. Trátase de algún prelado, desde luego, así nos lo dictaba el pectoral, trazado a la ligera, según la inseguridad de sus líneas; nos lo aseguraba la muceta, de un lila tan profundo que colinda con el negro y nos lo confirmaba la ininterrumpida hilera de botones encarnados que cierran por el centro la esclavina.

Ningún condiscípulo, de los que, por más antiguos en el Colegio, creíamos avezados en la historia rosarista, satisfizo jamás nuestra curiosidad. En impensada hora, las "Crónicas" de Ibañez nos descubrieron en ese lienzo a Manuel José Mosquera, el Arzobispo mártir.

Claro nos dice la obra que su artista debió ser de una categoría secundaria, pero, en cotejo con los mejores retratos, hemos de confesar que el pintor esmeróse muy mucho en el colorido del rostro, para remedar bien de cerca, como lo hizo, la fisonomía del Purpurado: sobre una tez pálida, de

enfermiza apariencia, imponen los ojos la suavidad de su luz; la nariz se perfila en ademán afirmativo y sonríen los labios con beatífica displicencia; a la frente, ancha y despejada, préstale agraciado contraste una espesa cabellera, oscura como la tristeza que le anegaba el cerebro; fáltale, es cierto, al retrato, para ser más fiel, ese aire de amargura que, según estampas, marcó e hizo ilustre el semblante del Pastor.

Mas, ¿a qué su Ilustrísima en el coro de efigies rosaristas?... Pregunta fue esta que apuré sin término hasta que en los archivos topé la respuesta que ahora corre pública en páginas de esta Revista.

Cien años hace, precisamente, reemplazaba a don Manuel Cañarete en el gobierno del Mayor un político antioqueño, de nombre José Duque Gómez. Me figuro aquel varón de tipo atlético, como cumple a un buen hijo del Aburrá; voz poderosa sería la suya, adiestrada en resonancias dentro de las montañas; musculatura vigorosa ostentaría quizás y anchos hombros prominentes sobre los que caía y calzaba a maravilla la airosa hopalanda de los viejos rectores rosaristas. De sus letras nos dá altas noticias cierto ameno colaborador del *Papel Periódico* y, en cuanto a sus faenas, en la Secretaría deben dormir las reseñas.

Por aquellos días completaba su primer aniversario de llegado a la Arquidiócesis, Manuel José Mosquera; un nimbo de grandezas iluminaba sus actos y el arresto, el desnudo y la rectitud acompasaban ya su mando. Bien se prestaba un homenaje a tan connotado señor para hacer valedero en los anales del Rosario el corto período del superior Duque. Las tradiciones del claustro sugerían, por lo demás, respetos de sobresaliente sentido.

De por sí, el Prelado es Rector honorario de la casa de fray Cristóbal, lo prescriben y determinan en tal forma las Constituciones que la gobiernan. Pero, a más de aquel distintivo, otorgase, de cuando en vez, a los Príncipes de la Iglesia bogotana, la mayor alteza que el Colegio discierne: una Colegiatura. Y en 1º de mayo del año 36, el Arzobispo Mosquera, rodeado de un séquito numeroso y selecto, se

presentó en el salón de actos del Rosario y, tras del ritual y solemne juramento, fue investido de la beca gloriosa.

Muchas ceremonias, ritos numerosos y discursos varios concurrieron al acto; grande copia de notables y afluencia crecida de religiosos y seglares llenaban el recinto; las galas todas del Colegio Mayor brillaban aquel día en que Manuel José Mosquera vistió, para timbre del plantel, los distintivos de sus hijos predilectos. ¡Y fue leal a su cometido, por cierto!

Enseñados como estamos a contar en nuestra colección sólo a hijos registrados del Instituto, no sobra esta nota que satisface de veras, una justa curiosidad por determinar la causa que atrajera a la galería rosarista la figura del payanés inmortal.

UNA ELECCION DE JUSTICIA

Es "Atenea" un libro de amor, de gratitud y belleza. Sus páginas se hinchan en nobilísimas palpitaciones y fluye de sus líneas un desinterés sin riberas. Presenta la obra y responde de su edición Rodolfo Kohn Olaya, mozo de gentilezas, modesto en el porte y aquilatado de espíritu.

Alumno de este Colegio, por los años quizá de 1928, aprendió, desde un momento, que la fundación del dominico es obra grandiosa y se dio a admirarla con intensidades de pasión; poseyó su historia, estudió sus hombres y alimentó sus afectos de tradición y honras. Abogado ya de la Facultad Nacional, menudeaba visitas a esta histórica mansión y proseguía en sus coloquios con las glorias y héroes aquí latentes. Cualquiera día halló desbordes su cariño y dio a luz una ofrenda que apellidó "Atenea".

Hijos muchos de su preferencia y cuidados ha visto el Rosario discurrir por sus aulas. Fervientes amadores del claustro han sido ellos, mientras han gozado de su protección y sostén, mas luego, sueltos al favor del mundo, ni una sola palabra han concedido, ni una acción ejecutado, que hablen de su sincero afecto, de su gratitud incondicional para el Amparo de su educación. Quizás, de tiempo en

tiempo, frases laudatorias salgan de sus labios que encubran, ladinas, el afán de una prebenda.

Kohn Olaya no; a ejemplo de Saavedra Galindo, devoto sin dobleces de esta casa, ha entregado el corazón en homenaje de su cariño. Por eso aplaudimos intensamente la elección para él hecha de catedrático de Historia Antigua. Sabrá lucir allí su erudición y talentos; allí habrá empeño y consagración cierta, allí también, solicitud de amigo e inteligencia de camarada como que, persiguiendo tantos propósitos, trasegó Kohn las aulas universitarias e impuso alguna vez profesores. Idealmente batalló entonces y su espíritu continúa abrevando tan supremas aspiraciones.

Nuevamente celebramos el tributo de justicia entregado por el Rosario a su apasionado hijo. Razón tenía el orfebre de "Eugenia Grandet" cuando, en referencia a su protagonista, exclamaba: "El amor franco tiene su presciencia y sabe que el amor provoca el amor".

POMPONIO GUZMAN

En página sabrosa leíamos há tardes esta frase: "Los espíritus estrechos necesitan del despotismo para ejercitar los nervios, como las almas grandes sienten sed de igualdad para el ejercicio del corazón". Mientras tanta verdad nos impresionaba el ánimo, pesados dobles invitaban, desde una iglesia vecina, a orar por el alma de Pomponio Guzmán.

Concierto magnífico acordó entonces nuestra mente: ajustar a la vida del varón extinto la riqueza de contenido de aquel apotegma.

Y dímonos a inquirir sobre el personaje. Víctimas de conjeturas, que portan de ordinario equívocos e injusticias, las calidades físicas inspirábanos en el viejo rosarista tiranías infinitas. De maciza naturaleza, cualquiera veía en Pomponio Guzmán al jayán dominador y colérico; apuraban tal juicio un entrecejo hosco y la sanguínea coloración del semblante. Sin embargo, viéndole andar, se mudaban los cálculos: su paso era lento, con esa flemma de los espí-

ritus reposados que mascullan a toda hora continencias y aduermen en su pecho iniquidades y abusos; encorvadas las espaldas, cargaban en su doblez un peso de modestia que siempre rehuye las aposturas y jactancias.

Recatado y tranquilo, inferíase así el doctor Guzmán que cierto condiscípulo suyo nos delineaba en afectuoso bosquejo. Nos figuramos entonces al rosarista que él fuera: hombre de estudio, aferrado al Colegio con generoso corazón, pasó sus días preparando la inteligencia en nobilísimas actividades; ajeno a engreimientos, refugio de quienes nada poseen para ostentar, libertó su espíritu del egoísmo, que desfigura y mata la vida comunal; su amplitud de miras jamás le impulsó a las codicias e intrigas que tanta dicha dispensan a los entendimientos mezquinos, allí el secreto de que todas las voluntades se le entregaran espontánea y cordialmente; preservó su carácter, en las proporciones debidas, de la zalema y las lisonjas, pues le rigió el honor y conocía de memoria la sentencia del francés: "La adulación no es propia de los espíritus excelsos, ella es patrimonio de las almas reducidas que logran empequeñecerse aún más en la esfera vital de la persona en torno de la cual se agitan".

Cauto y apacible, comprendemos también al Colegial del Mayor que amó este claustro con virtud acendrada. Fiel a su juramento, sirvió y defendió en toda ocasión los intereses del Rosario, sin aspavientos ni estrépitos que, en tratándose de mercedes, son indignos e irrespetuosos; su delicadeza de sentimientos promovíale constantemente veneración y cariño para los Superiores: el nombre de Carrasquilla emanaba de sus labios con filial dulzura y era música en su boca el relato de la vida y hazañas del inolvidable Rector. Leal y circunspecto, gozó de la confianza y estimación del Colegio: su paso por la Secretaría y su preeminencia de Conciliario así nos lo demuestran.

Casi con el abandono de las aulas, le envolvió la política en sus redes falaces. Nada adelantaremos sobre el hombre público para decir que su carácter salió íntegro de tal laberinto y limpio su nombre de tanta grosería. Desde estudiante, había probado su alma en crisoles de dignidad.

Cuerdo y sosegado, aceptamos al colombiano efectivo que honró a su patria en distinguidas posiciones. De su paso por el Ministerio de Hacienda hablan mejor los beneficios obtenidos que las aclamaciones y encomios que sus actos le atrajeran; siempre pensó que la labor callada es más positiva y meritoria. No menos silenciosas, ni inferiores en provecho y bondad, fueron sus andanzas de diplomático: en Lima y en Caracas, en Washington y Buenos Aires, sentó plaza de patriota pulcro y servidor acucioso de la República. Por doquiera, le movió e indujo el buen nombre de Colombia.

Sin mayor espacio para nota más detenida sobre el lamentado ciudadano, hemos hilvanado rapidísimos apuntes sobre su vida y virtudes. En ellos hay gratitud, en ellos abunda cariño y cunde sin término un profundo pesar por la muerte de ese verdadero Rosarista.

En hora tan trágica el claustro hace suyo el dolor de la familia y musita una oración por el descanso de su hijo.

"LOS CAMPEONES DEL AIRE".

Bajo carátula de abigarrados tintes donde campeon alegorías para nosotros inexplicables, se desarrolla la historia de nuestra incipiente aviación. Es ese un desfile de ensayistas y temerarios que encabeza, sin frutos, don José María Flórez, continúa Carlos Albán y, tras de muchos episodios y tragedias, lo coronan dolorosamente Ernesto Samper y Uladislao O'Byrne.

Tal el libro venido a nuestras manos y que lleva por autor a Joaquín Piñeros Corpas.

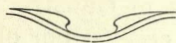
Galante dedicatoria de ampulosa redacción cárgase para el Rector del Rosario el volumen por nosotros conocido y ostenta en él un prólogo de familiar paladeo que suscribe Armando Solano. De cuando en vez saltan a sus páginas siluetas de pilotos y, en el intento de una segunda parte, cierra el libro y abulta su formato el "Homenaje de los intelectuales" que, por lo general, está bien escogido.

No entremos a pesar el valor intelectual que la obra de Piñeros pueda poseer. Ella adolece, sin duda, de las deficiencias que todo primer ensayo ofrece, pero hemos de aceptarle un bello propósito que, por sí solo, la justifica y ennoblece: reverenciar a los héroes colombianos que han inmolado sus vidas al servicio de un ideal; exaltar la intrepidez de esas gentes y recopilar, en haz afectuoso y encomiable, sus hazañas y méritos.

Para Piñeros Corpas, antiguo condiscípulo en este Colegio Mayor, vaya nuestro estimulante saludo y para la dedicatoria de su libro un agradecimiento sincero.

ALFREDO DELGADO PLAZA

Estudiante de este Colegio Mayor.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico